

# La filosofía del Deporte

Por SILVIO VILLEGAS

Un gran filósofo del ultra Rhin escribió en libros severos un estudio sobre la frivolidad. El deporte empieza a ser uno de los temas de la metafísica de occidente.

Nosotros creemos que existe un espíritu deportivo que es el único que puede calificarse como característico de nuestra época. De donde viene la noción latina que es preciso crear con alegría. La política, la literatura, las ciencias, exigen, si quieren conservar alguna espiritualidad, un marcado estilo deportista. Pronunciar una arenga en las plazas abiertas, o una oración parlamentaria, no debe ser la penosa superación de sí mismo, sino una diversión tan fina, tan ágil, tan espiritual, como el tennis o el golf.

Durante la discusión del tratado de Versalles los grandes adalides de la política europea, no meditaban sus problemas en las bibliotecas solemnes, en contacto con la sabiduría antigua: se marchaban al club campestre.

En unas olimpiadas internacionales triunfaron los uruguayos finos y sutiles como los atenienses, en el balompié, más por la gracia, por la inteligencia, que por la supremacía del músculo.

La poesía moderna es un deporte. Nos acongoja pensar en los artistas románticos que para serlo tenían que consagrar su vida a la miseria y a la melancolía. Los poetas de nuestro tiempo escriben frívolamente sobre hojas perfumadas, poemas ligeros y flexibles como la espiral que describe la bola de caucho herida por el "driver".

Los Estados Unidos e Inglaterra deben a la afición a los deportes su gran estabilidad política, el culto de la disciplina y el orden. La revolución rusa se debió en gran parte a la falta de clubes campestres en el antiguo imperio de los zares. Las grandes casas reinantes, los príncipes de la corona han sido invariablemente deportistas. En cambio, ningún revolucionario ama el deporte.

Platón recomendaba el estudio de la gimnasia tanto como el de la filosofía. Sófocles, el más griego de todos los atenienses, danzó el "pean" después de la batalla de Salamina, en honra de Temístocles, ante las naves tendidas como trofeos en la playa.

\* \* \*

En uno de los más bellos libros que se han escrito sobre la civilización contemporánea afirmaba Licheberger que para los grandes clásicos de Alemania, como Goethe, Schiller o Herder, la civilización helénica representaba el período de síntesis que sigue al florecimiento de la civilización asiria y egipcia. Parece como si el alma de la humanidad hubiera

en cierto modo concentrado todas sus energías para crear ese pueblo maravilloso donde se resume y se anuncia toda la cultura indoeuropea del pasado y del porvenir. Lo que caracteriza a los griegos es que son un compendio de la humanidad entera, realizan como individuos ese ideal de plenitud armoniosa, de totalidad que flotaba en el espíritu de Goethe. Y esta espléndida eflorescencia de la cultura constituye un momento único de la humanidad. La cultura helénica se ha continuado en las civilizaciones modernas, pero cada uno de los pueblos occidentales nos muestra el desarrollo exagerado de un rasgo particular del genio helénico. En el romano reviven la sabiduría práctica y la sólida razón de los griegos; en el español es la tendencia a la exaltación que le es tan característica; en el inglés sentimental esa dulce melancolía que envuelve como un velo ligero toda la vida, origen del dandismo; en el francés el sentimiento de la bella forma; en el alemán la profundidad de pensamiento. La obra del porvenir habrá de ser un esfuerzo hacia la concentración.

Al momento de dispersión por que atraviesa actualmente la humanidad, debe suceder nuevamente un período de síntesis. Todo lo realizaron los griegos porque amaban el deporte, que es lo único que permite la realización de las energías vitales.

Winkelmann, Pater e Hipólito Taine atribuyen el florecimiento de la escultura en la Grecia antigua al espíritu deportivo de aquel pueblo milagroso. Sólo en el estadio se comprenden el Dorífero de Policeto, el Discóbolo de Mirón, las metopas de Fidias. En Corinto, mejor que ante los muros de Tebas, o que en el sitio de Troya, se sintetiza el alma griega. Píndaro, el Henri de Morthelant de la época, que cantó los juegos píticos e ístmicos, representa mejor al pueblo griego que Homero cantando a Aquiles, a Ulises o a Diomedes. Cuando eligieron a su hijo Daifante para figurar como Danéforo en la procesión que se celebraba cada nueve años en Tebas, Píndaro escribió el laude del músculo y las glorias del estadio como la retribución más excelsa que le podía dar a los Tebanos. La oda que compuso en la isla de Rodas en honor del pugilista Diágoras, fue grabada en letras versales en el templo crisoelefantino de Minerva, en la ciudad de Lindos. Hasta los dioses, nos cuenta la leyenda, tomaron parte en la multánime admiración: el dios Pan cantó al pie del Citerón un himno a Píndaro, quien al saberlo, compuso otra oda en su memoria, y en la casa de Apolo había una silla de bronce reservada al poeta, cuando iba a cantar al dios. Este radioso culto de los deportes libró al pueblo helénico de la melancolía. Cuando Jenofonte lloró ante el pié-

lago que le devuelve la esperanza, y grita: "¡el mar!, ¡el mar!" nos trasmite totalizado el culto griego del deporte. Aquellos hombres, mecidos sobre barcas dóciles, jugaban con las aguas.

En nuestro tiempo vale tanto Dempsey como Bernard Shaw; Carpentier, como Clemenceau; Uzcudum, como don Ramón María del Valle Inclán. Nuestro siglo es esencialmente deportista. La nueva época tiene su literatura, escrita por letrados de vasto renombre, que siguen la tradición de los liríadas griegos que celebraban la carrera de Maratón y las tardes ilustres en el estadio de Corinto. La fiesta del Titán, hijo de Yapeto, hacia la primavera, la suprema fiesta religiosa y patriótica del pueblo griego, era tan sólo una bella exhibición de las energías hegemónicas.

Es preciso instaurar el entusiasmo por la fuerza bruta, para evitar una civilización exclusivamente intelectualizadora. Es imposible aspirar a tener generaciones moralmente vigorosas en cuerpos anémicos y decadentes. Existe la emoción de la fuerza como la de la inteligencia. Hay tanta belleza en una ágil carrera de Maratón como en la factura de un poema. Entendemos la emoción de la palestra, el delirio de la muchedumbre ante el púgil, el entusiasmo ante las victorias del músculo.

Es el mundo que nace. El desarrollo excesivo de la inteligencia, es una torre de Babel, causa de confusión entre los hombres, porque funestamente existen los rascacielos intelectuales. En el Adán de la Capilla Sixtina tranquilo y floreciente, en la gracia que da el sentimiento de una vida armoniosamente desenvuelta, se presiente menos al intelectual que al deportista.

\* \* \*

La república del futuro está en las ciudades del occidente colombiano, con sus automóviles, sus fábricas, su espíritu mercantil, su afán por las realizaciones materiales. Nuestra edad y nuestra zona no pueden producir la gran cultura; los valores intelectuales que nosotros vamos a realizar, han sido declarados en quiebra en el viejo mundo, su patria originaria. Nuestro porvenir está en la conquista de la tierra, en los ferrocarriles, en las industrias, en las carreteras. El hombre de nuestra época si no es el chofer, como afirma Keyserling, es el ingeniero, como quería Spengler. La humanidad no evoluciona ni progresa sino volviendo al pasado.

El deporte es signo de espiritualidad, línea específica de la cultura fáustica, como la música del contrapunto y el goticismo. El deportista busca afanosamente la cuarta dimensión: es el hombre representativo de nuestro tiempo, la figura simbólica, como diría el doctor germano.

SILVIO VILLEGAS